

Maurice Leblanc

La aguja hueca

Traducción de Mauricio Chaves Mesén



I

EL DISPARO

Raymonde aguzó el oído. El ruido se escuchó dos veces más, lo bastante claro como para diferenciarlo de todos los ruidos confusos que forman el silencio de la noche, pero tan débil como para no poder saber si se originó cerca o lejos, si se produjo dentro de los muros del vasto castillo, o afuera, entre los rincones tenebrosos del parque.

Se levantó lentamente. Su ventana estaba entreabierta y la abrió de par en par. La claridad de la luna descansaba sobre un tranquilo paisaje de hierbas y bosquecillos donde las ruinas dispersas de la antigua abadía se recortaban en siluetas trágicas, columnas truncas, ojivas incompletas, esbozos de pórticos y jirones de arbotantes. Una suave brisa flotaba sobre la superficie de las cosas, deslizándose por entre las ramas desnudas e inmóviles de los árboles, pero agitando las pequeñas hojas de los arbustos.

Y de repente, el mismo ruido... Provenía de su izquierda, debajo del piso en que ella vivía; es decir, de los salones que ocupaban el ala oeste del castillo.

Aunque valiente y fuerte, la joven sintió la angustia que produce el miedo. Se puso su bata y tomó los fósforos.

—Raymonde... Raymonde...

Una voz débil como un suspiro la llamaba desde la habitación vecina, cuya puerta no estaba cerrada. Se dirigía hacia allí a tientas, cuando de pronto Suzanne, su prima, saltó de esa recámara y se arrojó en sus brazos.

—Raymonde... ¿eres tú?... ¿Escuchaste eso?...

—Sí... ¿No duermes?

—Supongo que el perro me despertó... hace ya rato... Pero no ha vuelto a ladrar. ¿Qué hora será?

—Deben de ser las cuatro.

—Escucha... Alguien está caminando en el salón.

—No hay peligro, Suzanne, allí está tu padre.

—Pero él sí está en peligro. Duerme al lado del salón pequeño.

—Monsieur Daval también está allí...

—Está al otro extremo del castillo... ¿Cómo quieres que oiga?

Dudaron, no sabían qué decisión tomar. ¿Llamar a alguien? ¿Pedir socorro? No se atrevían a hacer nada; parecía que sentían miedo hasta del ruido de sus propias voces. Pero Suzanne, que se había acercado a la ventana, ahogó un grito.

—Mira... Hay un hombre cerca del estanque.

En efecto, un hombre se alejaba con paso rápido. Llevaba bajo el brazo un objeto de dimensiones bastante grandes; no pudieron ver qué era, pero sí observaron que iba rebotando contra su pierna, lo cual le dificultaba la marcha. Lo vieron pasar cerca de la antigua capilla y dirigirse hacia una pequeña puerta en el muro, la cual debía haber estado entreabierta, pues el hombre desapareció súbitamente y ellas no escucharon el rechinar habitual de sus goznes.

—Venía del salón —murmuró Suzanne.

—No, si así fuera, la escalera y el vestíbulo habrían llevado mucho más a la izquierda... a menos que...

Las agitó una misma idea. Se asomaron. Debajo del lugar en que estaban había una escalera apoyada contra la fachada, con el extremo superior dando acceso al primer piso. La luz alumbraba el balcón de piedra, lo que les permitió ver cómo

otro hombre, que también portaba un objeto, salió a ese balcón, bajó por la escalera y huyó por el mismo camino.

Suzanne, espantada y sin fuerzas, cayó de rodillas, balbuceando:

—¡Llamemos a alguien!... ¡Pidamos auxilio!...

—¡Y quién vendría?... Tu padre... ¿Y si hay otros hombres y lo atacan?

—Podríamos avisar a los criados... Tu timbre comunica con su piso.

—Sí... sí... puede ser una buena idea... ¡Siempre que lleguen a tiempo!

Raymonde buscó el timbre eléctrico junto a su cama y lo apretó con un dedo. Vibró un timbre en lo alto y les dio la impresión de que abajo se debió percibir claramente el sonido.

Esperaron en silencio, el cual hacía que se asustaran más; incluso la brisa dejó de agitar las hojas de los arbustos.

—Tengo miedo... tengo miedo... —repetía Suzanne.

Y de repente, en el silencio de la noche profunda, por debajo de donde estaban ellas, se escuchó un ruido de lucha, un estrépito de muebles que caían, exclamaciones, y luego, un horrible y siniestro gemido ronco, el gemido de alguien que está siendo estrangulado...

Raymonde saltó hacia la puerta, con Suzanne aferrada desesperadamente a su brazo.

—No... no me dejes... tengo miedo.

Raymonde la rechazó y salió corriendo al pasillo, seguida por Suzanne, que se iba tambaleando de una pared a otra y dando de gritos. Llegó a la escalera, bajó de peldaño en peldaño y se precipitó a la gran puerta del salón, donde se detuvo en seco, quedándose clavada en el umbral, mientras Suzanne, a su lado, casi desfallecía. Frente a las dos jóvenes, a tres pasos, había un hombre que sostenía una linterna en la mano y con cuya luz las cegó al dirigirla hacia ellas. Miró detenida-

mente sus rostros y luego, sin prisa, con toda la tranquilidad del mundo, tomó su gorra, recogió un trozo de papel y unas briznas de paja, y se puso a limpiar con ellas las huellas sobre la alfombra; después se acercó al balcón, se volvió hacia las jóvenes, les hizo una reverencia y desapareció.

Lo primero que hizo Suzanne fue correr hacia el pequeño *boudoir*¹ que separaba el gran salón del dormitorio de su padre. Pero quedó aterrorizada ante el horrible espectáculo que vio al entrar. En el suelo, iluminados por la luz oblicua de la luna, se divisaban dos cuerpos inanimados, tendidos uno al lado del otro.

—¡Papá!... ¡Papá!... ¿Eres tú?... ¿Qué te pasó?... —gritó ella enloquecida, inclinándose sobre uno de ellos.

Al cabo de un instante, el conde de Gesvres se movió y, con la voz quebrada, dijo:

—No te asustes... No estoy herido... Y Daval ¿está vivo? ¿Y el cuchillo... el cuchillo?

En ese momento llegaron dos criados con candelas. Raymond se arrojó ante el otro cuerpo tendido en el suelo y reconoció a Jean Daval, el secretario y hombre de confianza del conde. Su rostro tenía ya la palidez de la muerte.

Entonces la joven se levantó, volvió al salón y, de una panoplia adosada a la pared, tomó una escopeta que sabía cargada y corrió al balcón. No hacía más de cincuenta o sesenta segundos que el individuo había puesto el pie sobre el primer peldaño de la escalera. No podía entonces estar muy lejos de allí, especialmente porque había tomado la precaución de

¹ El *boudoir* es una pequeña habitación decorada con pinturas, tapices y muebles que sirve de vínculo entre la terraza, o el salón/comedor, y el dormitorio, del que generalmente está separado por vidrios y cortinas. Era utilizado por las mujeres para sus conversaciones íntimas. Suele traducirse como «tocador», pero esta definición puede confundir al lector en cuanto a la verdadera importancia de este pequeño salón, que adquirió especial relevancia en la literatura francesa tras ser popularizado por el marqués de Sade [N. del T.].

quitar la escalera para que no se pudiera usar. En efecto, enseguida lo vio, estaba bordeando las ruinas del antiguo claustro. Se echó el arma al hombro, apuntó tranquilamente y disparó. El hombre cayó.

—¡Ya está!... ¡Ya está!... —gritó uno de los criados—. Tenemos a ese. Voy por él.

—No, Víctor, se está levantando... Baje por la escalera y vaya a la puerta pequeña. Es el único lugar por el que puede escapar.

Víctor se apresuró, pero antes de que llegara al jardín, el hombre volvió a caer. Raymonde llamó al otro criado.

—Albert, ¿lo ve allí abajo, cerca de la gran arcada?

—Sí, está arrastrándose por la hierba... está perdido...

—Vigílelo desde aquí.

—No hay forma de que se escape. A la derecha de las ruinas está el jardín descubierto...

—Y Víctor está vigilando la puerta a la izquierda —dijo ella, retomando la escopeta.

—Usted no vaya, señorita.

—Sí, sí —replicó ella con acento resuelto y gesto brusco—. Déjeme... Me queda un cartucho... Si se mueve...

Salió. Un instante después, Albert la vio dirigiéndose hacia las ruinas y le gritó desde la ventana:

—Se arrastró detrás de la arcada. Ya no lo veo... Tenga cuidado, señorita.

Raymonde dio la vuelta por el antiguo claustro para impedir que el hombre huyera, y en seguida Albert la perdió de vista. Al cabo de unos minutos, al no volver a verla, se inquietó, y, sin dejar de vigilar las ruinas, en lugar de bajar por la escalera de la casa intentó acercarse a la otra escalera. Cuando lo consiguió, bajó rápidamente y corrió directamente hacia la arcada cerca de la cual vio al hombre por última vez. Treinta pasos más adelante encontró a Raymonde, que buscaba a Víctor.

—¿Y bien? —dijo él.

—No pudimos echarle mano —respondió Víctor.

—¿Y la puerta pequeña?

—Vengo de allí... Aquí está la llave.

—Sin embargo... tiene que estar por aquí...

—¡Oh!, ya lo tenemos seguro... En menos de diez minutos ese bandido será nuestro.

El granjero y su hijo, que se habían despertado con el disparo de escopeta, venían desde la granja, cuyas casas estaban bastante lejos, a la derecha, pero dentro del recinto amurallado. En su camino no vieron a nadie.

—¡Caray! —exclamó Albert—. No, ese pícaro no pudo abandonar las ruinas... Lo encontraremos oculto en el fondo de algún agujero.

Organizaron una batida metódica, registrando cada matrazal y apartando las espesas ramas de hiedra enroscadas en torno a las columnas. Se aseguraron de que la capilla estaba bien cerrada y de que ninguna de las ventanas tuviera vidrios rotos. Le dieron la vuelta al claustro y buscaron en todos los rincones y escondrijos. La búsqueda fue en vano.

Lo único que encontraron en el mismo lugar donde el hombre había caído herido por el disparo de Raymonde fue una gorra de chofer de cuero leonado. Salvo eso, no había nada más.

Dieron aviso a la gendarmería de Ouville-la-Riviere, que arribó al lugar a las seis de la mañana, después de haber enviado al Juzgado de Dieppe, por correo exprés, una nota en la que relataban las circunstancias en que ocurrió el delito, la captura inminente del principal culpable y «la localización de su gorra y el puñal con el que perpetró el crimen».

A las diez, dos autos bajaban por la ligera pendiente que conduce al castillo. Uno, un venerable carruaje, traía al procurador o fiscal adjunto y al juez de instrucción, acompañados

de su secretario. En el otro, un modesto descapotable, venían dos jóvenes reporteros en representación del *Journal de Rouen* y un importante periódico parisino.

Finalmente, el viejo castillo apareció ante ellos. Antaño había sido la residencia abacial de los priores de Ambrumésy, después fue mutilado por la revolución y por último fue restaurado por el conde de Gesvres, a quien pertenecía desde hacía veinte años. Comprende un cuerpo de alojamientos que se remonta en un pináculo donde vela un reloj, y dos alas, cada una envuelta por una escalinata con balaustrada de piedra. Por encima de los muros del parque, y más allá de la planicie que sostienen los altos acantilados normandos, entre los pueblos de Sainte-Marguerite y de Varengeville, se divisa la línea azul del mar.

Allí vivía el conde de Gesvres con su hija Suzanne, una bella y frágil criatura de cabellos rubios, y su sobrina Raymond de Saint-Véran, a quien había recogido dos años antes, cuando su padre y su madre murieron en forma simultánea y la dejaron huérfana.

Su vida transcurría tranquila y predecible. Solo algunos vecinos los visitaban de vez en cuando. En el verano, el conde llevaba a las dos jóvenes casi todos los días a Dieppe.

Él era un hombre de elevada estatura, con un rostro bello y serio, y cabellos grisáceos. Muy rico, administraba él mismo su fortuna y atendía sus propiedades con ayuda de Daval, su secretario.

En cuanto llegó, el juez de instrucción recogió los primeros hallazgos del brigadier de la gendarmería de Quevillón. La captura del culpable, siempre inminente, todavía no se había efectuado, pero todas las salidas del jardín estaban vigiladas. Era imposible que se escapara.

Enseguida el pequeño grupo atravesó la sala capitular y el refectorio, ubicados en la planta baja, y subió al primer piso. Lo primero que notaron fue el perfecto orden en que estaba

el salón. Nada, ni un mueble ni un adorno, parecía estar fuera de su lugar habitual, y tampoco se veían vacíos entre ellos. A derecha e izquierda colgaban magníficos tapices flamencos de personajes. En el fondo, sobre paneles, había cuatro hermosas pinturas con sus marcos de época, representando escenas mitológicas. Eran los célebres cuadros de Rubens, legados al conde de Gesvres, junto con los tapices de Flandes, por su tío el marqués de Bobadilla, uno de los grandes de España.

M. Filleul, el juez de instrucción, observó:

—Si el móvil del crimen fue el robo, en todo caso este salón no era el objetivo.

—¿Quién sabe? —dijo el adjunto, que hablaba poco, pero siempre contradecía las opiniones del juez.

—Veamos, estimado señor: a un ladrón lo que más le hubiera importado sería apoderarse de los tapices y los cuadros, que son de renombre universal.

—Quizá no les dio tiempo.

—Lo averiguaremos.

* * *

En ese momento entró el conde de Gesvres, seguido del médico. El conde, que no parecía resentir los efectos de la agresión de que había sido víctima, dio la bienvenida a los dos magistrados. Luego abrió la puerta del *boudoir*. La estancia, donde nadie había entrado después del crimen, salvo el doctor, presentaba, al contrario del salón, el mayor desorden. Dos sillas estaban derribadas, una de las mesas estaba rota, y muchos otros objetos —un reloj de viaje, un archivero y una caja de papel de cartas— yacían en el piso; algunas de las hojas blancas que estaban esparcidas tenían manchas de sangre.

El médico retiró la sábana que cubría el cadáver. Jean Daval, vestido con sus ropas ordinarias de terciopelo y calzando

botas herradas, estaba tendido boca arriba, con uno de los brazos replegado hacia su cuerpo. Tenía la camisa desabrochada y su pecho se veía perforado por una ancha herida.

—La muerte debió ser instantánea —declaró el doctor—. Una puñalada fue suficiente.

—Sin duda lo hicieron con el cuchillo que vi sobre la chimenea del salón —dijo el juez—, junto a ¿una gorra de cuero?

—Sí —confirmó el conde de Gesvres—; el cuchillo fue recogido aquí mismo. Proviene de la panoplia del salón de donde mi sobrina, la señorita De Saint-Véran, tomó la escopeta. En cuanto a la gorra de cuero, evidentemente es del asesino.

M. Filleul estudió otros detalles de la estancia, hizo algunas preguntas al doctor y luego le rogó a M. De Gesvres que le relatara lo que había visto y lo que sabía.

Lo que el conde dijo al respecto fue lo siguiente:

—Jean Daval me despertó. Yo estaba en duermevela, tenía destellos de lucidez en los que creía oír pasos, cuando de pronto, al abrir los ojos, lo vi parado al pie de mi cama, candelero en mano, vestido con la ropa que trae puesta, pues a menudo trabajaba hasta muy tarde durante la noche. Estaba muy agitado y me dijo en voz baja: «Hay gente en el salón». En efecto, percibí ruido. Me levanté y entreabrí despacio la puerta de este *boudoir*. En ese mismo instante vi que alguien empujaba esa otra puerta que da al gran salón, de la cual salió un hombre que se abalanzó sobre mí y me dio un puñetazo en la sien que me dejó aturdido. No puedo darle más detalles, señor juez de instrucción, porque todo ocurrió demasiado rápido y solo recuerdo los hechos principales.

—¿Y después?

—Después no supe qué pasó... Cuando recobré el conocimiento, Daval estaba tendido, herido de muerte.

—A primera vista, ¿sospecha de alguien?

—De nadie.

—¿Tiene usted algún enemigo?

—Ninguno que yo conozca.

—¿Y Daval tampoco los tenía?

—¿Daval? ¿Un enemigo él? Era la mejor persona que vivió. Era mi secretario desde hace veinte años, y debo decirlo, también era mi confidente; nunca vi que alguna persona cercana a él le mostrara otra cosa que simpatía y amistad.

—Sin embargo, se metieron a su castillo y hubo un muerto, tiene que haber un motivo para eso.

—¿Un motivo? Pues es el robo, pura y sencillamente.

—¿Le robaron a usted algo?

—No, nada.

—¿Entonces?

—Entonces, si no le robaron nada y si no falta nada, debieron llevarse cuando menos alguna cosa.

—¿Qué?

—Lo ignoro. Pero mi hija y mi sobrina le dirán a usted, con toda certeza, que vieron sucesivamente a dos hombres atravesar el jardín y que los dos llevaban bultos bastante voluminosos.

—Esas señoritas...

—¿Esas señoritas lo habrán soñado? Yo me sentiría inclinado a creerlo, pues desde esta mañana he estado investigando y haciendo conjeturas. Pero es fácil interrogarlas.

Hicieron ir a las dos primas al gran salón. Suzanne, aún pálida y temblorosa, apenas podía hablar. Raymonde, más enérgica y segura de sí, y más bella también, con el brillo dorado de sus ojos castaños, relató los acontecimientos de la noche y su participación en ellos.

—¿Está completamente segura de su declaración, señorita?

—Sí. Los dos hombres que atravesaron el jardín llevaban objetos.

—¿Y el tercero?

—Salió de aquí con las manos vacías.

—¿Podría describirlo?

—No cesó de cegarnos con su linterna. Lo más que puedo decir es que es alto y corpulento...

—¿Es así como le pareció a usted, señorita? —preguntó el juez a Suzanne de Gesvres.

—Sí... o más bien no... —dijo Suzanne, reflexionando—. Yo lo vi delgado y de mediana estatura.

M. Filleul sonrió, acostumbrado a las divergencias de opinión y de visión entre los testigos de un mismo hecho.

—Hemos aquí en presencia, por una parte, de un individuo, el del salón, que es a la vez grande y pequeño, grueso y delgado... y, por la otra, de dos individuos, los del jardín, a quienes se acusa de haber robado objetos de este salón... que todavía se encuentran aquí.

M. Filleul era un juez de la escuela irónica, como él mismo decía. Era también un juez que no despreciaba al *público de la galería* ni las ocasiones de mostrarle al público su experiencia, como lo atestiguaba el creciente número de personas que acudía al salón. A los periodistas se habían unido el granjero y su hijo, el jardinero y su mujer, luego el personal del castillo, luego los dos choferes que habían traído los coches de Dieppe.

Él prosiguió:

—Se trata también de ponerse de acuerdo sobre la forma en que desapareció el tercer personaje. ¿Usted disparó con esa escopeta, señorita, y desde esta ventana?

—Sí, el hombre estaba llegando a la lápida, que casi está enterrada bajo las zarzas, a la izquierda del claustro.

—¿Pero él volvió a levantarse?

—A medias solamente. Víctor bajó enseguida para vigilar la puerta pequeña, después bajé yo, dejando aquí a nuestro criado Albert para que observara lo que pasara.

Albert, a su vez, hizo su declaración, y el juez concluyó:

—Entonces, según usted, el herido no pudo huir por la salida de la izquierda, puesto que su compañero vigilaba la puerta, ni por la de la derecha, puesto que usted lo hubiera visto atravesar el jardín. Así pues, es lógico esperar que en este momento esté en el espacio relativamente restringido que estamos viendo.

—Estoy convencido de que así es.

—¿Usted también, señorita?

—Sí.

—Y yo también—dijo Víctor.

El fiscal adjunto exclamó en tono socarrón:

—El campo de investigaciones es estrecho, solo queda continuar la investigación iniciada hace cuatro horas.

—Quizá ahora tengamos más suerte.

M. Filleul tomó la gorra de cuero de encima de la chimenea, la examinó y, llamando aparte al brigadier de la gendarmería, le dijo:

—Brigadier, envíe inmediatamente a uno de sus hombres a Dieppe, al establecimiento del sombrero Maigret, y pídale que le pregunte a quién le vendió esta gorra.

«El campo de investigaciones», según la frase del fiscal adjunto, se limitaba al espacio comprendido entre el castillo, el jardín de la derecha, y el ángulo formado por el muro de la izquierda y por el muro opuesto al castillo; es decir, un cuadrado de alrededor de cien metros de lado, donde surgían aquí y allá las ruinas de Ambrumésy, el tan célebre monasterio de la Edad Media.

Inmediatamente, sobre la hierba pisoteada, se veían las huellas del fugitivo. En dos lugares se descubrieron huellas de sangre ennegrecida, ya casi seca. Después de la curva de la arcada, que marcaba el extremo del claustro, ya no había nada, pues la naturaleza del suelo, tapizado de agujas de pino,

no se prestaba a registrar la huella de ningún cuerpo. Pero, entonces, ¿cómo había podido el herido escapar a la vista de la joven, de Víctor y de Albert? Lo único que había eran matorrales, en los cuales los criados y los gendarmes ya habían registrado, y algunas lápidas, bajo las cuales ya habían buscado, y eso era todo.

El juez de instrucción hizo que el jardinero, que tenía la llave, le abriera la Capilla Divina, una verdadera joya de la escultura que el tiempo y las revoluciones habían respetado, y que siempre fue considerada, con las finas cinceladuras de su pórtico y sus múltiples estatuillas, como una de las maravillas del estilo gótico normando. La capilla, muy sencilla en su interior, sin otro ornamento que su altar de mármol, no ofrecía ningún refugio. Además, hubiera sido preciso entrar en ella. ¿Y cómo podría haberlo hecho el hombre herido?

La inspección llegó hasta la pequeña puerta por la que entraban los visitantes de las ruinas. Daba a un camino hondo y cerrado entre la muralla y unos matorrales, donde se veían canteras abandonadas. M. Filleul se agachó: el polvo del camino presentaba marcas de neumáticos con cubiertas antideslizantes. De hecho, Raymonde y Víctor habían creído oír, después del disparo de escopeta, el ruido de un auto arrancando. El juez de instrucción insinuó:

—El herido se habrá reunido con sus cómplices.

—Imposible —exclamó Víctor—. Yo estaba allí, y la señorita y Albert todavía alcanzaban a verlo.

—En fin, bueno ¡tiene que estar en alguna parte! Adentro o afuera, no hay otra opción.

—Está aquí —dijeron los criados con terquedad.

El juez se encogió de hombros y se encaminó al castillo bastante melancólico. Decididamente, el asunto no pintaba bien. Un robo en el que nada había sido robado y un prisionero invisible no era algo como para celebrar.

* * *

Era tarde M. De Gesvres invitó a los magistrados a almorzar, así como a los dos periodistas. Comieron en silencio, y luego M. Filleul regresó al salón, donde interrogó a los criados. Hasta que el trote de un caballo resonó a un lado del patio y, un momento después, entró el gendarme a quien habían enviado a Dieppe.

—¿Y bien? ¿Habló con el sombrerero? —exclamó el juez, impaciente por obtener al fin alguna información.

—Sí, dijo que le vendió la gorra a un chofer.

—¿A un chofer!

—Sí, a un hombre que se detuvo con su coche frente al establecimiento y que preguntó si podían venderle una gorra de chofer de cuero amarillo para un cliente suyo. Esta era la única que quedaba. Se la dieron, la pagó sin fijarse siquiera si le quedaba, y se marchó. Tenía mucha prisa.

—¿Qué tipo de coche era?

—Un automóvil de cuatro asientos.

—¿Y cuándo fue eso?

—¿Cuándo? Pues esta mañana.

—¿Esta mañana? ¿De qué está hablando?

—La gorra fue comprada esta mañana.

—Pero eso es imposible, puesto que fue encontrada anoche en el jardín. Para ello tendría que haber estado allí y, en consecuencia, tendría que haber sido comprada con anterioridad.

—Pero el sombrerero me dijo que la vendió esta mañana.

Hubo un momento de desconcierto. El juez de instrucción, estupefacto, trataba de comprender. De pronto dio un salto, como iluminado repentinamente por un rayo de luz.

—Que traigan al chofer que nos trasladó esta mañana.

El brigadier de la gendarmería y su subordinado corrieron presurosos hacia las caballerizas. Al cabo de unos minutos el brigadier regresó solo.

—¿Y el chofer?

—Almorzó en la cocina y después...

—¿Después qué?

—Desapareció.

—¿Con su coche?

—No. Con el pretexto de ir a ver a un pariente en Ouveille, pidió prestada la bicicleta del palafrenero. Aquí están su gorra y su chaqueta.

—Pero ¿se fue con la cabeza descubierta?

—No, sacó una gorra de su bolsillo y se la puso.

—¿Una gorra?

—Sí, de cuero amarillo, al parecer.

—¿De cuero amarillo? No puede ser, porque esa está aquí.

—En efecto, señor juez de instrucción, pero él tenía una igual.

El fiscal adjunto sonrió con sarcasmo.

—¡Muy gracioso! ¡Muy divertido! Hay dos gorras... Una, que era la verdadera y que constituía nuestro único elemento de prueba, se fue sobre la cabeza del pseudochofer. La otra, la falsa, la tiene usted en sus manos. ¡Ah! ¡El buen hombre nos la jugó bien!

—¡Que lo capturen! ¡Que lo traigan aquí! —gritó M. Filleul—. Brigadier Quevillon, ¡que dos de sus hombres suban a sus caballos y salgan a galope a perseguirlo!

—Ya debe estar lejos —comentó el adjunto.

—Por lejos que esté, es preciso que lo atrapen.

—Así lo espero, pero creo, señor juez de instrucción, que nuestros esfuerzos deben concentrarse sobre todo aquí. Tenga la bondad de leer el papel que acabo de encontrar en los bolsillos del abrigo.

—¿De qué abrigo?

—El del chofer.

Y el fiscal adjunto le tendió a M. Filleul un papel doblado en cuatro, donde se leían, escritas con lápiz y con una letra un tanto vulgar, estas pocas palabras: «Ay de la señorita si ha matado al patrón». El incidente causó cierta emoción.

—Al buen entendedor, pocas palabras: es una advertencia —murmuró el adjunto.

—Señor conde —prosiguió el juez de instrucción—, le suplico que no se inquiete. Tampoco las señoritas deben preocuparse. Esta amenaza no tiene ninguna importancia, pues aquí están las autoridades. Se tomarán todas las precauciones. Yo respondo de su seguridad. En cuanto a ustedes, señores —agregó, volviéndose hacia los reporteros—, cuento con su discreción. Fui yo quien les permitió asistir a esta investigación, y hablar de más sería corresponderme mal...

De pronto, como si se le hubiera ocurrido una idea, interrumpió su discurso y miró a los dos jóvenes alternativamente; después se acercó a uno de ellos:

—¿A qué periódico pertenece usted?

—*Al Journal de Rouen.*

—¿Tiene con qué identificarse?

—Sí, aquí está mi credencial.

El documento estaba en regla. No tenía nada que decir.

M. Filleul interpeló al otro reportero:

—¿Y usted, señor?

—¿Yo?

—Sí, usted. Le pregunto a qué periódico pertenece usted.

—Dios mío, señor juez de instrucción, escribo para varios periódicos...

—¿Y su identificación?

—No la tengo.

—¡Ah! ¿Y cómo es eso?...

—Para que un periódico dé una tarjeta de identidad es preciso escribir para él de manera continua.

—¿Y bien?

—¡Y bien!, soy un colaborador ocasional. Mando mis artículos a diestra y siniestra, y estos son publicados... o rechazados, según las circunstancias.

—En ese caso, ¿cuál es su nombre? ¿Trae sus documentos?

—Mi nombre no le diría nada. En cuanto a mis documentos, no los tengo.

—¿No tiene ningún documento que acredite su profesión?

—Yo no tengo profesión.

—Pero, en fin, señor —exclamó el juez con cierta brusquedad—, no pretenderá que va a seguir aquí de incógnito después de haberse introducido con engaños y haberse enterado de los secretos de las autoridades.

—Le agradecería que observara, señor juez de instrucción, que usted no me preguntó nada cuando vine y que, por consiguiente, yo no tenía nada que decir. Por otra parte, no me ha parecido que la investigación fuese secreta, puesto que todo el mundo asistió a ella... incluso uno de los culpables.

Hablaba despacio, con un tono de cortesía infinita. Era un hombre muy joven, muy alto y muy delgado, estaba vestido con un pantalón demasiado corto y una chaqueta demasiado estrecha. Tenía un rostro sonrosado de muchacha, una ancha frente y una cabellera cortada en cepillo, y la barba rubia y mal recortada. Sus ojos brillaban de inteligencia y no parecía avergonzado en absoluto. Mientras hablaba, en su rostro se dibujaba una sonrisa simpática sin ningún asomo de ironía.

M. Filleul lo observaba con agresivo desafío. Los dos gendarmes se acercaron. El joven exclamó alegremente:

—Señor juez de instrucción, está claro que usted sospecha que soy uno de los cómplices. Pero, si fuese así, ¿no me hubiera

escabullido en el momento oportuno, siguiendo el ejemplo de mi compañero?

—Usted podía esperar...

—Toda esperanza habría sido absurda. Piense, señor juez de instrucción, y convendrá conmigo que en buena lógica...

M. Filleul, mirándolo directamente a los ojos, le dijo con sequedad:

—Basta de bromas. ¿Cuál es su nombre?

—Isidore Beautrelet.

—¿Su profesión?

—Alumno de retórica en el Liceo Janson-de-Sailly.

M. Filleul volvió a preguntarle mirándolo a los ojos:

—¿Qué cuento es ese? Alumno de retórica...

—En el Liceo Janson, calle de la Pompe, número...

—¡Ah! Claro... —exclamó M. Filleul—. ¡Se burla de mí! Más le vale no continuar con ese jueguito.

—Le confieso, señor juez de instrucción, que me asombra que se sorprenda con lo que digo. ¿Qué se opone a la idea de que yo sea alumno del Liceo Janson? ¿Mi barba, acaso? Tranquilícese, mi barba es postiza.

Isidore Beautrelet se arrancó los pocos bucles de pelo que adornaban su mentón y su rostro imberbe pareció aún más juvenil y más sonrosado, un verdadero rostro de estudiante de liceo. Y con una risa infantil que dejaba al descubierto sus blancos dientes, añadió:

—¿Se convence usted ahora? ¿O necesita otras pruebas? Tenga, en estas cartas de mi padre está mi dirección: «M. Isidore Beautrelet, interno en el Liceo Janson-de-Sailly».

Convencido o no, a M. Filleul no parecía agradarle la historia. Preguntó con tono malhumorado:

—¿Y qué está haciendo aquí?

—Pues... me instruyo...

—Hay liceos para eso... el suyo.

—Olvida usted, señor juez de instrucción, que hoy, veintitrés de abril, estamos en plenas vacaciones de Pascua.

—¿Y bien?

—Y bien, gozo de entera libertad para utilizar esas vacaciones a mi gusto.

—¿Y su padre?...

—Mi padre vive lejos, en Saboya, y fue él mismo quien me aconsejó hacer un pequeño viaje por las costas de La Mancha.

—¿Con una barba postiza?

—¡Oh!, no. Esa fue idea mía. En el liceo hablamos mucho de aventuras misteriosas, leemos novelas policiacas en las que la gente se disfraza. Nos imaginamos muchas cosas complicadas y terribles. Entonces, quise divertirme y me puse una barba postiza. Además, tuve la ventaja de que me tomaran en serio y me hice pasar por un reportero parisino. Fue así como anoche, después de más de una semana en la que no pasó nada importante, tuve el placer de conocer a mi colega de Rouen, y que esta mañana me hablara del asunto de Ambrumésy y tuviera la amabilidad de proponerme acompañarlo y alquilar un coche entre los dos.

Isidore Beautrelet decía todo eso con una franca, ingenua, y encantadora, sencillez. El propio M. Filleul, aun manteniendo una desafiadora reserva, escuchaba con agrado.

Con un tono menos brusco, le preguntó.

—¿Y está satisfecho de su expedición?

—¡Encantado! Nunca había asistido a un asunto de tal género y este no carece de interés.

—Ni de esas complicaciones misteriosas que usted aprecia tanto.

—¡Y que son tan apasionantes, señor juez de instrucción! No conozco ninguna emoción más grande que el ver todos los hechos que van saliendo de la sombra, agrupándose unos con otros y formando poco a poco la probable verdad.

—¡La probable verdad! ¡No tan aprisa, joven! ¿Quiere decir que usted ya tiene una solucioncita lista para el enigma?

—¡Oh!, no... —replicó Beautrelet, riendo—. Es solo que... me parece que existen ciertos puntos sobre los que es imposible no formarse una opinión, y otros que resultan tan precisos que basta con formular una conclusión.

—¡Ah!, eso resulta muy curioso, y ahora, al fin, voy a saber algo. Porque, le confieso con la mayor vergüenza, yo no sé nada.

—Es que usted no ha tenido tiempo para reflexionar, señor juez de instrucción. Lo esencial es reflexionar. Es muy raro que los hechos no lleven en sí mismos su propia explicación... ¿No opina igual? En todo caso, yo no he comprobado más que aquellos consignados en el proceso verbal.

—¡Maravilloso! De suerte que si yo le preguntara cuáles fueron los objetos robados en este salón...

—Le respondería que sé cuáles son.

—¡Bravo! Este señor sabe más de eso que el mismo propietario. M. De Gesvres lleva su cuenta, el señor Beautrelet no tiene la suya. Le falta una biblioteca y una estatua de tamaño natural en las que nadie se había fijado nunca. ¿Y si le pregunto el nombre del asesino?

—Le respondería que también lo sé.

Se produjo un sobresalto entre todos los presentes. El adjunto y el periodista se acercaron más. M. De Gesvres y las dos jóvenes escuchaban con atención, impresionadas por la seguridad y tranquilidad de Beautrelet.

—¿Sabe el nombre del asesino?

—Sí.

—¿Y tal vez también dónde está?

—Sí.

M. Filleul se frotó las manos:

—¡Qué suerte! Esta captura va a constituir el hecho más

honroso de mi carrera. ¿Y ahora, podría usted hacerme esas revelaciones fulminantes?

—Ahora mismo, sí... O bien, si no ve inconveniente, en una hora o dos, cuando haya asistido hasta el final de la investigación que usted está llevando a cabo.

—No... No, joven..., dígame de inmediato lo que sabe...

En ese momento Raymonde de Saint-Véran, que no había apartado su mirada de Isidore Beautrelet desde que comenzó a hablar, se adelantó hacia M. Filleul y le dijo:

—Señor juez de instrucción...

—¿Qué desea, señorita?

Dudó dos o tres segundos, con los ojos fijos en Beautrelet, y luego, dirigiéndose a M. Filleul, dijo:

—Le rogaría le pregunte a este señor por qué se paseaba ayer por el camino hondo que conduce a la pequeña puerta.

Fue un golpe teatral. Isidore Beautrelet pareció desconcertado.

—¿Yo, señorita? ¿Yo? ¿Me vio usted ayer?

Raymonde se quedó pensativa, con sus ojos siempre fijos en Beautrelet, como si tratara de confirmar aquello de lo que estaba convencida, y a continuación dijo con tono pausado:

—Cuando atravesaba el bosque, a las cuatro de la tarde de ayer, en el camino hondo me crucé con un hombre joven, de la estatura del señor, vestido como él y con la barba cortada como la suya... y tuve la impresión de que trataba de ocultarse.

—¿Y era yo?

—No podría afirmarlo categóricamente, pues mi recuerdo es un poco vago. Sin embargo... sin embargo, me parece que sí, que era usted...; si no, la semejanza sería extraña...

M. Filleul estaba perplejo. Después de haber sido burlado ya por uno de los cómplices, ¿iba a dejar que también el susodicho liceísta se burlara de él?

—¿Cómo va a explicar eso, señor Beautrelet?

—Le diré que la señorita se equivoca y que puedo demostrarlo fácilmente. Ayer, a esa hora, yo estaba en Veules.

—Si es así, tendrá que probarlo. En todo caso, esto cambia la situación. Brigadier, que uno de sus hombres acompañe a este señor.

El rostro de Isidore Beautrelet denotó una viva contrariedad.

—¿Por mucho tiempo?

—El suficiente para reunir toda la información necesaria.

—Señor juez de instrucción, le suplico que la reúna con la mayor rapidez posible...

—¿Por qué?

—Mi padre ya es viejo. Nos queremos mucho... y yo no quisiera que se preocupe por mí.

El tono lloroso con el que habló desagradó a M. Filleul, a quien la escena le pareció melodramática. No obstante, respondió:

—Esta noche... mañana a más tardar, sabré a qué atenerme.

La tarde transcurría. El juez regresó a las ruinas del claustro, teniendo cuidado de prohibir la entrada a todos los curiosos, y pacientemente, con método, dividiendo el terreno en partes para estudiarlas en forma sucesiva, dirigió por sí mismo las investigaciones... Pero terminó el día sin que avanzara nada y, ante un ejército de reporteros que habían invadido el castillo, afirmó:

—Señores, todo nos hace suponer que el herido está aquí, al alcance de nuestra mano; todo, salvo la realidad de los hechos. Por consiguiente, en nuestra humilde opinión, se escapó, y será fuera de aquí donde lo encontremos.

A pesar de eso tuvo la precaución de organizar, de acuerdo con el brigadier, la vigilancia del jardín, y después de volver a revisar los dos salones y de recorrer otra vez todo el castillo,

luego de haber recabado toda la información necesaria, se encaminó a Dieppe en compañía del adjunto.

Anocheció, y como el *boudiour* tenía que permanecer cerrado, el cadáver de Jean Daval fue trasladado a otra habitación. Dos campesinas del lugar, acompañadas por Suzanne y Raymonde, velaron el cuerpo. Abajo, dormitando sobre el banco del antiguo oratorio, estaba el joven Isidore Beautrelet, bajo la mirada atenta del guarda de campo que asignaron para vigilarlo. Afuera, los gendarmes, el granjero y una docena de aldeanos se habían apostado entre las ruinas.

Hasta las once todo permaneció tranquilo, pero a las once y diez se escuchó un disparo al otro lado del castillo.

—¡Atención! —gritó el brigadier—. Fossier y Lecanu, ¡quédense...! Los demás ¡corran hacia allá...!

Todos corrieron por el lado izquierdo del castillo y vieron que una silueta se esfumó en la sombra. Inmediatamente después los atrajo otro disparo que se escuchó más lejos, ya cerca de los límites de la granja. Y de pronto, cuando llegaban en tropel al vallado que bordeaba el huerto, a la derecha de la casa reservada para el granjero brotó una llamarada y enseguida se elevaron otras llamas en una columna espesa. Lo que se estaba quemando era un granero, lleno de paja hasta el tope.

—¡Esos pícaros! —gritó el brigadier—. Quevillon, fueron ellos los que le prendieron fuego. Vamos tras ellos, muchachos. No pueden estar lejos.

Pero la brisa estaba haciendo que las llamas se dirigieran al área de viviendas, así que la prioridad era acudir al sitio en peligro. La gente trabajó con más ardor cuando el señor de Gesvres, que llegó corriendo al lugar del desastre, los animó con la promesa de que les daría una recompensa. Cuando controlaron el fuego ya eran las dos de la mañana, ya no tenía caso seguir a los culpables; la persecución habría sido en vano.

—Veremos eso cuando amanezca —dijo el brigadier—. De seguro dejaron rastro... Los encontraremos.

—Y me dará mucho gusto —dijo M. De Gesvres— saber la razón de este ataque. No entiendo para qué les serviría prenderle fuego a las pacas de heno.

—Venga conmigo, señor conde —le dijo el brigadier—, quizá yo pueda decirle la razón.

Juntos llegaron a las ruinas del claustro. El brigadier llamó:

—¡Lecanu!... ¡Fossier!...

Otros gendarmes buscaban ya a sus compañeros que se habían quedado vigilando. Los descubrieron a la entrada de la puerta pequeña; estaban tendidos en el suelo, con los ojos vendados, amordazados y con los pies y manos amarrados con cuerdas.

—Señor conde —murmuró el brigadier mientras los liberaban—, nos engañaron como a unos niños.

—¿Cómo?

—Los disparos... el ataque... el incendio... todo eso fueron artimañas para distraernos y poder terminar el asunto después de amarrar a nuestros dos hombres.

—¿Qué asunto?

—¡El rescate del herido, caray!

—¡Vamos! ¿Cree usted que eso fue?...

—¡Claro que lo creo! Estoy seguro. Se me ocurrió esa idea hace ya diez minutos... pero soy un imbécil por no haberlo pensado antes. Los hubiéramos capturado a todos.

Quevillon pateó el suelo en un súbito acceso de rabia.

—Pero ¿por dónde, Dios bendito? ¿por dónde pasaron? ¿Y él, ese pícaro, dónde estaba escondido? Porque, ¡en fin!, pasamos todo el día registrando el terreno, y un individuo no se oculta entre los matorrales, sobre todo si está herido. Parece cosa de magia, o algo así...

Pero esa no sería la última sorpresa que se llevaría el brigadier Quevillon. Al amanecer, cuando entraron al oratorio que servía de celda al joven Beautrelet, descubrieron que había desaparecido. Sobre una silla, doblado, dormía el hombre que se suponía lo estaba vigilando. Junto a él había una botella y dos vasos, y en el fondo de uno de ellos se veía un poco de polvo blanco.

Después de un examen se probó, primero, que Beautrelet le había administrado un narcótico al guardia, y segundo, que el único lugar por el que habría podido escaparse era una ventana situada a dos metros y medio de altura... y, en fin, un detalle encantador, que la única manera en que pudo alcanzarla fue utilizando como escalón la espalda de su guardián.